

en contacto con la civilización europea, le son refractarios y aun hostiles? No es que ellos no admitan también la ciencia y sus aplicaciones diversas: bien han dado en el pasado admirables y abundantes pruebas del deseo de aprender que les anima y de su potencia intelectual; pero entonces los musulmanes, entre los cuales todos los pueblos y todas las razas estaban representados, tenían la fuerza de iniciativa y poseían el ascendiente necesario para hallar fácilmente los conocimientos y los medios de estudio que necesitaban. En nuestros días todo está trastornado. Los dominantes en civilización se presentan realmente como superiores, diciéndose y creyéndose tales: su actitud es mortificante, y, como tal, rechazada con cortesía aparente ó con fingida indiferencia, pero en realidad con indignación. Precisamente los que se proclaman los maestros por excelencia, es decir, los misioneros, los religiosos, los maestros de escuela, pertenecientes á tal ó cual confesión cristiana, son quienes se presentan ante los musulmanes. Es moralmente imposible que no les rechacen en seguida; la psicología humana lo exige; imposible obtener otros resultados. En vez de hacerse recibir como huéspedes, esperando modestamente que se les interrogue, los maestros comienzan por declararse «cristianos», ó sea enemigos jurados hereditarios de los musulmanes, y su primer acto consiste en blasfemar delante de aquellos á quienes se ambiciona convertir en discípulos; seguros de la impunidad, puesto que tienen la fuerza material, se declaran defensores de la «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo», lo que es una pura abominación para el monoteísta que les escucha; el hijo del Islam se pregunta cómo el Dios único, «que no es engendrado y que no engendra» tarda en lanzar sus rayos contra el blasfemo. El supuesto educador comienza su trabajo por un ultraje.

Verdad es que todos los Occidentales instruídos distan mucho de ser cristianos, ó al menos lo son muy parcialmente, aunque sin saberlo, y sólo conservan algunas reminiscencias de la moral y de las preocupaciones recibidas con el catecismo y la escuela; pero basta que esos no-cristianos se presenten bajo los auspicios de una potencia cristiana, basta que estén bajo la protección de un cónsul ó de un ministro, que éste obedezca las órdenes de las congregaciones,

de los curas ó de los pastores, para que se les clasifique entre las mercancías que cubre el pabellón cristiano, y la ciencia que aporten parecerá tan desnaturalizada y tan repugnante como la de los fervientes cristianos. En

este concepto, ¿de qué potencia europea han de desconfiar menos los musulmanes convencidos? ¿No es el soberano de Inglaterra el «defensor de la fe»? ¿No es el czar de Rusia el jefe religioso de la ortodoxia? ¿No tiene el emperador de Alemania en una mano la espada y en la otra el Evangelio? ¿No es Italia la capital del Papado? En cuanto á Francia, pudo creerse que representaría, después de su gran revolución, una civilización puramente laica y que, aparte de todas las religiones, se atendería á la



UN MÁRTIR VOLUNTARIO EN EL CÁUCASO
Del cuadro de Verestchaguine.

religión universal; pero se sabe que políticos que se creen muy hábiles, han declarado, por el contrario, que «la razón no es un artículo de exportación». Los anticlericales en la madre patria se creen obligados á ser clericales en el extran-

¹ Cheikh Abdul Hadgk, *Revue*, 1.º Marzo 1902.

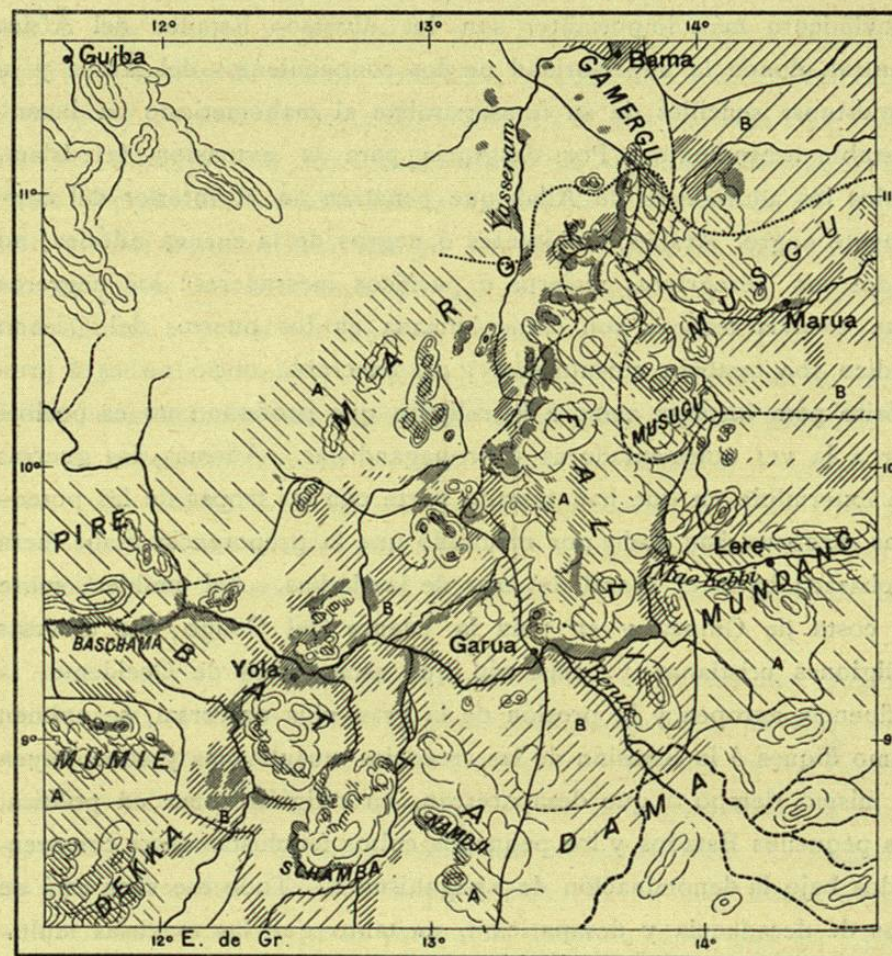
jero. Tal es la razón por la que la política de Francia en el Oriente mediterráneo continúa la de las cruzadas, francamente cristiana, es decir, antimusulmana, y, como es natural, no puede menos de suscitar desconfianza y odio. En la Mauritania — en Argelia, en Túnez, en Marruecos —, no podría hacerse lo mismo, so pena de suicidio colectivo: allá sería gran locura declararse estrictamente cristiano, lo que por otra parte sólo sería cierto para un número absolutamente ínfimo de inmigrantes. Todo lo más el gobierno central ha tenido la tentación de llamarse «árabe» ó «musulmán», lo que en sentido inverso hubiera sido tan malo como ser «francés» ó «cristiano». El hecho es que, prácticamente, el espíritu de tolerancia, ó, por mejor decir, de indiferencia, llegará á predominar. En contacto con el Europeo, é ignorando las cosas religiosas en la gran mayoría de sus representantes, el movimiento que se produce entre los musulmanes se descompone naturalmente en dos tendencias opuestas. Una de esas tendencias es á resistir, á hacerse creyente más ortodoxo, más acercado á la pureza del dogma: efecto del odio al opresor¹. La otra, produciéndose principalmente en la multitud, consiste en entregarse á las nuevas influencias, en abandonar gradualmente la fe primera, conservando únicamente los ritos más usuales, cuyo sentido primitivo se pierde poco á poco.

Hasta las peregrinaciones contribuyen en parte á disminuir el fanatismo musulmán. Verdad es que el viaje á la Meca contribuye, más que el Corán y la enseñanza de los imanes y de los marabuts, á conservar la unidad del Islam, porque la visita de la Kaaba reúne cada año, en congreso de multitudes, hombres pertenecientes á todas las partes del mundo, y le somete á las mismas influencias: es natural que la amistad y la solidaridad de los peregrinos creen la gran unión de la fe entre el Mogreb de las costas del Atlántico y la provincia china de Yun-nan. Sin embargo, las expediciones de los visitantes de la Meca, lo mismo que antiguamente las de los cruzados marchando hacia Jerusalem, no son debidas únicamente al fanatismo religioso: el amor de las aventuras, la curiosidad de ver países y hombres y sobre todo el instinto del tráfico contribuyeron á ellas

¹ Edm. Doutté, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1.º Octubre 1900.

en gran parte; los caminos de peregrinación son también vías comerciales por excelencia y muchas caravanas tienen en ellos su mercado diario. Vambéry atribuye á los numerosos viajes de los Persas

N.º 585. Avance del Islam en Adamaoua.



1: 3 000 000
0 50 100 150 Kil.

Según el *Globus* (1907, 2, p. 200), el rayado A representa el territorio de las antiguas religiones naturistas; el rayado B cubre los territorios adquiridos por el Islam, principalmente los fondos de los valles. La intensidad del rayado indica la densidad de la población.

hacia los santuarios de Kum, de Meched y de Kerbela el sentido práctico y la viva inteligencia que distinguen á esta nación. Los peregrinos se instruyen y se hacen superiores á sus vecinos seden-

tarios¹. Ordinariamente, el *hadj* que no hace de sus recuerdos de la Meca una explotación lucrativa y no tiene un interés directo en fanatizarse, tiene la inteligencia más clara y por consiguiente menos candidez religiosa que su compatriota que ha permanecido sedentario.

Las comarcas en que la invasión del Islam presentaba antes el movimiento más importante, son los diversos Estados del África central, donde la superioridad de los conocimientos del Árabe y la majestuosa sencillez de su fe aseguraban al mahometismo un incontestable ascendiente. Por desgracia para la extensión del Islam, todos los adoradores de Allah que penetran en el interior del continente negro, Arabes, arabizantes ó negros de la cuenca nilótica, no todos son peregrinos, viajeros ó pacíficos mercaderes: los negreros que todavía trafican con carne humana en los puertos del Océano Indico son también musulmanes y su execrable oficio no es á propósito para inspirar amor á la religión que profesan: no es posible ser á la vez atormentadores y propagandistas. Además, las guerras de exterminio en que han tomado parte con las tropas de las potencias europeas, han dado por resultado que la prepotencia árabe fuera rechazada hacia el litoral del mar de las Indias. Así también, sobre la costa de Guinea y en toda la cuenca del Congo, las diversas religiones cristianas y, más aún que esos cultos de Occidente, la influencia europea y la presión de la gran vida universal, se oponen como diques á la invasión de las creencias musulmanas y contribuyen al mismo tiempo á que desaparezcan, en religión como en política, los pequeños Estados y los pequeños cultos fetichistas antes comprendidos bajo la denominación de «paganismo». Todo ese caos está en vías de decadencia y desaparición, en tanto que las extensas multitudes comprendidas bajo las etiquetas comunes de las religiones y de las naciones dominantes, aumentan sin cesar. Es una preparación indirecta á la gran confederación de los hombres.

Suele considerarse el budhismo, injustificadamente, como la religión que comprende el mayor número de sectarios. Á lo menos ha dejado su huella y algunas partes de su enseñanza en la inmensidad del Asia, desde el cabo Comorin hasta las penínsulas extremas de

¹ *Sittenbilder aus dem Morgenlande*, p. 274.

Siberia. Además, merced á su acción sobre el catolicismo, la religión primitiva de la que nació el budhismo obra todavía sobre todo el mundo occidental por su herencia de ceremonias, de cánticos, de letanías y de eurtimia corporal. Y ocurre que dos ó tres mil años después, nuevas influencias búdhicas, esta vez de orden más filosófico y más moral, se extienden por Europa y América, haciendo nacer centenares de sectas teosóficas, procedentes del dogma cristiano, pero tratando de emanciparse de él por una doctrina más libre, más en relación con los resultados de la ciencia contemporánea. Hasta por piedad, movidos por la irresistible necesidad de oír palabras divinas concordantes con su sentido de justicia, los hombres más religiosos se han separado del cristianismo con su «infierno inextinguible» y sus maldiciones eternas; y en parte alguna, como en el legado de las obras búdhicas, han hallado palabras de un misticismo más dulce y más consolador para ellos, que no prefieren á todo el rudo combate del trabajo contra la invasión y contra el error. La influencia religiosa de la India sobre la Gran Bretaña tiene indudablemente más importancia en el desarrollo humano que la totalidad de las conversiones obtenidas por los misioneros en las Indias.

Cada religión presenta grandes contrastes entre sus dos categorías de fieles, los que tratan de penetrarse de un ideal de elevación infinita y los simples observantes que, por el número de los reglamentos, no tienen un solo momento de vida libre para sentir ó para pensar. En este concepto, el budhismo es seguramente la religión que nos ofrece los extremos más notables: de un lado almas puras todo bondad, del otro seres estúpidos, embrutecidos, que no oyen más que el rumor de su molino de oraciones. Los monjes budhistas de Siam, del Tibet y de la Mongolia están de tal modo ocupados por las observancias y molestados por las prohibiciones, que les sería absolutamente imposible vivir si novicios y sirvientes, lo mismo que la ínfima plebe, no trabajara para ellos. La regla prohíbe á los monjes cavar la tierra; plantar y sembrar, porque podrían matar algún animalillo; cocer arroz ó cualquiera semilla, porque destruirían el germen; trepar á los árboles, porque romperían ramas ó ramillas; encender ó apagar una llama por temor de quemar á un

ser viviente ó de causar daño al fuego, que tiene también el don de vida; de forjar hierro, porque las chispas perecen en el aire. Y si infringen una de esas mil prohibiciones, pierden el beneficio de sus maceraciones anteriores y recaen al último de los infiernos para comenzar de nuevo la terrible peregrinación terrestre¹. La necesidad de certidumbre en la adquisición, sea de una reencarnación feliz, sea de la salud del alma eterna, lleva al budhista como al católico á establecer su libro de cuentas, á clasificar el valor positivo ó negativo de sus diferentes actos, á numerar, á tasar sus pecados y sus buenas obras según su importancia, á tener á la vista por medio de cifras exactas las faltas y las expiaciones. Tantas oraciones especiales bastan para contrarrestar y, por consiguiente, rescatar tal incumplimiento del deber religioso; tantos rosarios rezados corresponden exactamente á tantos malos pensamientos. Entre ciertos budhistas chinos, los méritos y los deméritos están tasados estrictamente; el mérito de dar libertad á un pájaro se anula por el demérito de haber desenterrado un insecto en invierno; los cien méritos que vale el cumplimiento de una promesa de matrimonio con una joven pobre se destruyen por los cien deméritos que castigan al hombre culpable de haber comido buey ó perro.

Con tal régimen se detienen forzosamente toda iniciativa personal, lo mismo que toda influencia política de conjunto: la nación llega á ser completamente nula en el equilibrio del mundo. Hasta el país se despuebla en Mongolia y en el Tibet, donde hay distritos en que la cuarta parte, la tercera y aun la mitad de los habitantes han tomado el hábito y el bonete de monje. Libikow² afirma — lo que parece muy dudoso — que la población tibetana, reducida actualmente á tres millones de individuos, ha disminuído unas nueve décimas partes por efecto de la claustración general y de las epidemias, consecuencia de una falta de energía vital. No es extraño, pues, que esas extensas comarcas del Asia central pertenezcan de antemano á los conquistadores que se presenten. En otro tiempo, tributarios de los Chinos, los Mongoles se apresuran á hacerse vasallos

¹ Colquhoun, *Amongst the Shans*; — Hallert, *A thousand Miles on an Elephant*; citados por A. H. Keane, *Man, Past and Present*, p. 210.
² *Visite de Lhassa en 1900*.

de Rusia, y los Tibetanos, á quienes tan fácil sería defenderse, puesto que cuentan como aliados con el suelo y el clima, se preparan también, como animales estúpidos, á doblar la cerviz ante el yugo del nuevo dueño. ¿Qué fuerza de resistencia puede ofrecer un pueblo donde un viajero que explora el Tibet puede permitirse comprar un templo con todo su sagrado mobiliario y todo su personal de sacerdotes y oficiantes, presentándose como un budha encarnado en las regiones occidentales¹?

El trabajo es demasiado intenso en China y la nación está hartamente bien adiestrada atávicamente en la conservación de los cultivos, para que los monjes holgazanes no sean generalmente



Cl. P. Sellier.
TORO DE MYSORE (MAISSUR), INDIA MERIDIONAL
tallado en una roca aislada.

despreciados. En aquellas comarcas el budhismo ejerce su influencia por la superioridad de su doctrina, y las ideas de solidaridad y de benevolencia universales reemplazan en la enseñanza á la rutina del pecado. En el Japón, donde el impulso de la nación tampoco permite el dominio de una religión puramente soñadora y contemplativa, lo que queda del budhismo se ha transformado en una moral de afecto poético hacia la Naturaleza, los hombres, los animales y todo lo que existe². Entre los Cinghaleses y los Barmanes, los budhistas más fieles á la antigua práctica de la igualdad y de la libertad moral absoluta, la tolerancia recíproca es verdaderamente perfecta. Jamás se permitirá nadie criticar las maneras de obrar ni las ideas de su prójimo³. Pero ¿qué es eso más que la muerte del pensamiento?

Bajo diversas formas todas las religiones evolucionan hacia la

¹ L. Austine Waddel, *The Buddhism of Tibet*.

² Lafcadio Hearn.

³ H. Fiedling, *The Soul of a People*.